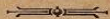


MARÍA



*Tota pulchra es, Maria, et
macula originalis non est in te.*

Toda hermosa eres, María,
y la mancha original no está en
ti.

1.^a ANTIF. LAUD. OFIC DE INMACULATA.

Ecce Virgo concipiet.....

Hé ahí que una Virgen con-
cebirá.

ISAI. VII, 14.

Consolatrix affictorum.

Consuelo de los afligidos.

LETANIA LAURET.

Auxilium christianorum.

Auxilio de los cristianos.

LETAN. LAURETANA.

*Tu, honorificentia populi
nostri.*

Tú, honor de nuestro pueblo.

3.^a ANTIF. LAUD. OFIC. DE INMACULATA.

Mulier: Ecce filius tuus.

Mujer: he ahí á tu hijo.



Con la misma naturalidad con que á los labios del desengañado del mundo afluyen los cánticos de bendición para aquel felicísimo momento que trocó sus destinos sobre la tierra, desnudándole de los vestidos del siglo para vestirle el pardo, pero riquísimo sayal del claustro, con la misma, elevada á la categoría de una naturalidad semidivina, pues á impulso de emociones divinas nace, acuden á torrentes á nuestra lengua los hosannas en recuerdo de la primera culpa. Culpa feliz que movió á Dios, Padre de eterna bondad, á compadecerse del hombre.... Dios colocó su justicia sobre la maldición fulminada contra la soberbia del hombre....; la hizo brillar terrible, amenazadora, entre los deslumbradores rayos de su ira santa....; pero los mismos rayos brillantísimos de la ira de Dios alumbraron soberanamente una inscripción sublime, escrita por el dedo mismo de Dios: la inscripción de la esperanza que fulguraba en abismos insondables de soles y de estrellas en las más íntimas profundidades de la eternidad, donde se desenvuelve oculto al cielo y á la tierra el primero de los misterios, la innascibilidad del Padre, la generación eterna del Hijo y la eterna procedencia del Espíritu Santo. Dios, hermanos, separa de su lado al hijo desagradecido, pero le separa para colocarle en el amoroso regazo de la más tierna de las madres, de la que iba á ser madre del Redentor para

serlo también del redimido. Estupendo prodigio del amor de los amores! ¡Oh Dios: cómo te abismas en los mares de tu amor por la criatura que has hecho á tu imágen y semejanza, y para la cual sacaste del caos del no ser mundos de maravillas!

El hombre, en la apoteosis de su hermosura, se olvida de Ti, Dios mío, y Tú le castigas con frases que conmovieron las columnas de los cielos y estremecieron las entrañas de los abismos y suspendieron el curso de los astros, atónitos ante tan admirable grandeza. Le castigas? Si, anunciándole un misterio dulce, dulcísimo, más dulce que el beso de un ángel, tan dulce que deshace el alma y el corazón de quien le saborea: que una mujer, pura como las primeras rosas de la creación, blanca como la nube que envuelve á los mensajeros de tu Majestad increada, hermosa como el iris de la esperanza, vendría al mundo, á ser la aurora del día más grande de los tiempos, del día de la redención..... *Virgo concipiet..... ELLA vendrá al mundo tanquam aurora consurgens.*

¡Aurora bendita! Que divinamente habla á nuestra alma el lenguaje de los cielos el Arca de la Alianza! Sus delicias son el habitar con los hijos de los hombres, porque los hijos de los hombres, sumidos hasta ahora en lóbregas cárceles de esclavitud, saludan en ella á la poderosa mujer que tiene las llaves del cielo y la llave de los tesoros de la gracia, y la gracia es aquí abajo, la vida donde el alma se mueve en atmósferas de incomparable libertad, y el cielo es la patria del alma. En aquella Aurora, la Mujer bendita entre todas las mujeres, saludamos á la Reina de los mares, á aquella cuyo aliento templó las olas, y á cuyo impulso se mueve la barquilla de nuestro corazón sin zozobras y con bríos para impedir el naufragio; la luz de sus ojos alumbró nuestra alma, que vé horizontes de suprema felicidad á través de los negros crespones que teje el

mundo para hacernos retroceder en el camino de la vida....

La natividad de María anuncia el término del reinado de Lucifer. María nace para nuestra dicha, para nuestra felicidad, para nuestro consuelo!

Vamos á meditarlo.

AVE MARÍA.....

.....
 Y la madre, con una alegría indescriptible, toma en sus brazos el delicado fruto de sus entrañas y, humedeciendo con sus labios febriles la frente de la niña, exclama: Qué hermosa eres!...

Qué hermosa es! A sus ojos se asoma un alma sin mancha; la ley del dolor ha puesto un paréntesis al cumplimiento de su inexorable sentencia. No, no: la voz primera de esta hermosísima niña no es un gemido. Ahí está: tranquila, con una tranquilidad que descubre privilegios extraordinarios. Pues qué, ¿el torrente avasallador de la primera culpa no sigue su curso, envolviendo entre sus aguas impuras á toda criatura racional?

Las almas todas, antes de informar al cuerpo, ¿no son selladas con la marca de la rebelión, aquella marca indeleble que fabricaron á una las dos obras más acabadas del Todopoderoso, el angel y el hombre, el angel caído y el hombre prevaricador? Adán y Eva se la imprimieron á sí mismos y el movimiento ejecutado por ellos para arrancarse la inocencia y sentir el dolor, se perpetúa y somete al terrible castigo á los descendientes del primer hombre. Esta criatura, esta niña, cuyas dotes encantadoras denuncian algo misterioso en su concepción y en su nacimiento, ¿será una victima más del desequilibrio producido en la economía del universo por la soberbia del hombre paradisiaco? Con las lágrimas saludamos al mundo al entrar en él; las lágrimas nos acompañan durante nuestra peregrinación por este valle de penas; al cerrar los ojos del cuerpo á la vida que acaba para abrir los del alma á la vida impercedera, con una lágrima escribimos en nuestras mejillas el *adios* que la lengua no puede pronunciar.

Los ojos serenos de esta niña no se sujetan á los efec-

tos del *fomes peccati* y un no sé qué divino nos asegura de que perderán su luz sin la lágrima postrera, iluminados ya en este mundo con los resplandores de la luz increada, que brilla en las mansiones de la eternidad feliz.

¿Quién eres, portento acabado de maravillas? Si queremos remontarnos, apoyados en nuestras débiles fuerzas sobre el órden natural, sufrimos desvanecimientos profundos, el vértigo trastorna nuestra cabeza, se eclipsa la razón y caemos en los abismos, envueltos en nuestra presuntuosa ignorancia.

Solo Dios nos habla de lo que pertenece al *más allá*, á ese *más allá* donde se asienta, sobre inmovibles bases, el mundo de los espíritus; solo Dios nos alecciona en los prodigios de la gracia y, si Él nada nos dice, nada sabemos.

¿Quién eres, niña, quién eres? Al orden de la gracia pertenecen las maravillas que en tí observamos. Habla tú, criatura privilegiada. Habla tú.

.....
 Las olas del embravecido mar de la culpa seguían creciendo, creciendo con aterradora amenaza y se empujaban las unas á las otras en su vertiginosa carrera. Dios extiende su mano creadora, la misma que fabricó la aurora y el sol, y sacó los mundos de la nada é hizo al hombre, y la mano de Dios fué dice infranqueable..... El mar detuvo su curso desbordado..... Un alma inmaculada informó un cuerpo y el mar volvió á correr y las olas se precipitaron de nuevo y el movimiento del uno y de las otras no volverá á parar.....

Ipsa conteret caput tuum..... El Señor, un instante después de fulminar la sentencia contra el hombre, preconiza tu pureza inmaculada, hermosa niña: el rayo de la justicia divina ilumina con su centelleo los horizontes de la esperanza. Dios, al esparcirse por el mundo las densas tinieblas de la noche, que nació del pecado, dejó vislumbrar la

aurora del día de la gracia. Próximo está el día. La aurora se ha levantado. Tú naces *tanquam aurora consurgens*. Tú eres la que quebrantará con su planta la cabeza del dragón infernal.... Tú la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, la honra de nuestro pueblo. *Tu gloria Jerusalem, Tu laetitia Israel, Tu honorificencia populi nostri*.

Esto es la niña; qué hermosa es! El cielo y la tierra la contemplan; los ángeles le rinden homenaje; el mismo Dios se complace en su hermosura. ¡Qué hermosa! De qué galas habrá adornado el Dios de Israel á la que será la corredentora del género humano? Ella es la que quebrantará la cabeza de la serpiente: por eso el infierno ha sentido convulsiones profundas con la venida al mundo de esta niña: por esto el espíritu del mal, en el paroxismo de la desesperación, prepara sus aprestos de guerra, ordena sus huestes y se coloca al frente de sus ejércitos para librar la más grande de las batallas, la batalla definitiva. Si es una debil criatura ¿por qué ¡oh satanás! mides todas tus fuerzas y vas á emplearlas para luchar con ella? Ya lo sé: resuena en tus oídos la palabra del Creador.... y ¿crees que esta palabra ha de quedar desmentida? La palabra de Dios es inmutable. El infierno pierde su poder, las puertas del cielo giran ya sobre sus goznes para dar entrada á los hijos de Adán, que en breve van á ser redimidos. Esto es la niña, la hermosa recién nacida. Ella es la zarza que ardia sin consumirse; la nubecilla del caramelo; el lirio entre espinas; la palma de Cades; la exaltada como el cedro en el Líbano y como el ciprés en el monte Sión. Ella es á quien todas las naciones llamarán bienaventurada, porque en Ella ha obrado cosas grandes el Señor. Ella es la hermosa, la amada, la paloma: los resplandores de sus ojos son más puros que los rayos del sol; su aliento esparce un aroma más delicado que el bálsamo y la mirra; la belleza de su frente da envidia al despejo de los cielos; el color de

sus mejillas engendra los matices purísimos de la aurora; su sonrisa es más bella que el despertar de una mañana de Abril; su boca manantial de bendiciones y de gracia; su corazón, fuente de ventura; su alma, el templo de las complacencias del Amado; al timbre de su voz enmudecen las melodiosas liras de los ángeles, y Ella toda es el encanto mismo, la misma belleza, el tipo de la virtud porque en Ella han germinado todas las virtudes.

Pero ¿es esto la niña? Es esto y mucho más. Ella ha guiado la inspiración de los pintores, y los pintores solo han sabido dar débiles tintas al cuadro de la hermosura de la niña. Ella ha iluminado el genio de los sabios y los sabios apenas han podido balbucir las grandezas del misterio oculto en los abismos de la sabiduría infinita; Ella ha vivificado el númen de los poetas y los cantos de los poetas han resultado inarmónicos. ¿Quién hará, pues, el retrato de esta niña? Quién podrá decirnos todo lo que Ella es? Obra es de Dios. Dios ha enriquecido con los tesoros inapreciables de su gracia á aquella alma; á aquel corazón le ha comunicado latidos celestiales; con sus manos omnipotentes ha dibujado los purísimos colores de aquel rostro; fuego de la luz divina ha encendido en sus ojos.... ¡se ha complacido en la niña! Él solo puede decirnos quién es y cuánto vale. El retrato de esta criatura solo puede ser hecho por el Supremo Artista que moldeó el original.... y ¡Él le ha hecho! En el versículo 55 del capítulo XIII del Evangelio de San Mateo, hay una pregunta sobre Jesús, que nos dá una idea clarísima de las perfecciones de la niña. ¿No es este el hijo de Maria? Al Hijo le conocieron por la semejanza con la Madre. Jesús es el retrato de Maria.

*Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat.
Filius non minus Matris quam Patris imago est...*

Todos tenemos rasgos de nuestras madres: *fili matrisant*. Jesús, en cuanto hombre, debió tomarlos de su madre: la semejanza, el temperamento, el carácter, las costumbres de un modo más completo que los demás hijos, porque en la filiación de Jesús no hubo concurso de varón. Jesús iba á ser humanamente en lo físico y en lo moral el retrato de María; antes tenía que ser María el retrato de Jesús, para que Jesús, sin dejar de parecerse á su madre, fuera la misma perfección.

Por eso dice Bossuet que «Dios en la natividad de María hace aparecer como un Jesús bosquejado, por una expresión viva y natural de sus perfecciones infinitas.»

Es, por tanto, la apoteosis de la Virgen, la perfecta descripción de su belleza, esta frase: María fué el retrato de Jesús para que Jesús pudiera ser más tarde el retrato de María. Qué más encomio? Dónde mayor panegírico? «Jesús de María», exclamaban los que veían al Hijo, y «María de Jesús», llamaban los Apóstoles á la Madre.

II

Todo esto es la Santísima Virgen. Pero ¿es esto nada más? Dios solo puede decirnos lo que Ella es.

La vida es un mar de lágrimas. Con las lágrimas amasamos el duro pan que nos alimenta; las lágrimas son nuestras compañeras inseparables; la sonrisa que hace brotar á nuestros labios la pasajera felicidad de este mundo, muere casi siempre al golpe terrible del infortunio, de la tribulación y de la desgracia. Por regla general, las más vivas manifestaciones de júbilo son precursoras del desaliento y de la pena; si ponemos cuidado, escucharemos los roncós bramidos del huracán de la tribulación un poco más allá de los dulces rumores con que nos acarician las

armonías del placer. La experiencia nos lo dice: el fugaz relampagueo de la dicha, es algo así como el anuncio de la furiosa tempestad que se avecina y que ya casi está cerniéndose sobre nuestras cabezas. No hay que desesperar, hermanos: los purísimos rayos del sol que viste á la Santísima Virgen, vienen á encontrarse con las lágrimas de nuestros ojos, y de esta unión venturosa nace el iris de la esperanza. Allá..... en las ondas de este mar proceloso de amargas, sobre columnas incommovibles se levanta el faro de la esperanza; los ardientes fulgores que esparce este faro, nos guían, nos iluminan y nos orientan, y la débil barquilla de nuestra alma, con la luz de los horizontes del puerto, desafía arrogante, intrépida, resuelta y firme las amenazas de la tempestad, el empuje de las olas y los esfuerzos del infierno, porque el nombre de MARÍA fulgura en el puerto, y al puerto atrae la barquilla con la fuerza poderosa de un imán divino.

La vida es un desierto. El sol abrasa, las arenas arden, el cansancio nos ahoga, el desaliento nos inutiliza, el tedio nos abruma, la esperanza nos abandona, se agotan nuestras fuerzas..... MARÍA, hermanos, es un oasis permanente en el desierto. A la invocación sublime de este dulcísimo nombre, brotan fuentes que apagan con sus aguas cristalinas los febriles ardores de la sed; nacen flores delicadas que perfuman el ambiente y juguetean en derredor del desterrado, auras y céfiros, oxigenándole el cuerpo que ya se rinde, el alma que flaquea, duda y se abate desesperanzada y el corazón que hace un momento latía desacompañado, sostenido por la fiebre, y ahora ya empezaba á sentirse decaído y próximo á someterse al destructor imperio del colapso. La vida iba extinguiéndose y la mágica fuerza de aquel nombre benditísimo ha dado á la vida

todo el esplendor, toda la frescura, toda la lozania y toda la exuberancia.

La vida del hombre es una milicia sobre la tierra. Apenas sentimos el despertar de nuestra alma al conjuro poderoso de la razón, cuando nos vemos rodeados de las terribles asechanzas del enemigo, que ruge en torno nuestro para devorarnos y que no descansa ni un momento en su labor de dirigirnos el dardo de la tentación, para que el alma, herida de muerte, se rinda á la voluntad de su verdugo y, cerrados sus ojos á la luz de la verdad, camine errante por las sendas del error, sin bríos y sin energías para seguir el camino que la conduce á la patria; se abandone y busque el funestísimo descanso de la indiferencia, dormida sobre los punzantes abrojos de la culpa, impasible, indiferente, victima de la más lamentable de todas las desgracias.

Hermanos: la lucha á que nos provoca el enemigo, es lucha de gigantes, es guerra á muerte. El cuenta con armas de un poder irresistible si nosotros nos confiamos á nuestras débiles fuerzas para salir airosos; él tiene una constancia firmísima, siempre está en su puesto y no retrocede un solo paso; para vencerle tenemos necesidad de un acierto como el de David cuando derribó al coloso de los filisteos. Animosos, firmes, dispuestos á ceñirnos la corona de los héroes, hemos de luchar: nuestra espada es la cruz; la caridad nuestra coraza; nuestro código militar el Evangelio. El arma de la oración surte maravillosos resultados. Nuestra oración, purificada por una sonrisa de la Santísima Virgen, rendirá al enemigo, destruirá sus planes, romperá sus armas, quebrantará su poder, doblegará su altanería; y nosotros, conducidos á la pelea por nuestra Capitana, vivificando las decaídas fuerzas de nuestro espíritu con su dulcísimo nombre, empuñaremos la palma

del triunfo y nos adornaremos con la corona de la victoria, paseando el estandarte de la Santísima Virgen por el campo de batalla y hollando con nuestros pies los aprestos de guerra del infierno: nuestras pasiones, nuestros apetitos desordenados. La invocación del nombre de Maria nos hará héroes; el pedestal del monumento erigido á la memoria de nuestra gloriosa jornada, descansará sobre la cabeza de nuestra soberbia, madre de todos los crímenes, de todas las aberraciones del espíritu, de todos los desastres que, en la economía moral y en la economía orgánica, produce la sublevación de la carne; madre, en fin, de todos los desequilibrios del corazón. Nuestra vida en la tierra, es una milicia: Maria es nuestra Capitana.

III

María Santísima es nuestra, muy nuestra, porque ninguna nación tiene, como España, el nombre de Maria al frente de la historia de sus epopeyas, coronando los admirables poemas del valor y de la virtud de sus hijos, dando calor á la idea creadora de sus genios, haciendo fecundísima la poderosa inteligencia de sus sabios. Al recuerdo bendito del nombre de Maria en su Concepción Inmaculada, surgen á los ojos de nuestro espíritu y desfilan en presencia de nuestra atónita imaginación, los admirables cuadros en los que quedó grabada, con caracteres indelebles, toda la grandeza de la patria. El nombre de Maria, invocado fervorosamente al empezar las batallas, tejió coronas de laurel para la frente de nuestros indomables guerreros, y aquellos hombres, niños por el candor de su fé sencilla, ejemplos vivos de constancia, de abnegación y de heroísmo, con el nombre de Maria en los labios, hundieron el poderío de los enemigos de la fé, de los usurpadores de nuestra riqueza, de los que, ¡insensatos! pretendieron

colocar, sobre el venerando Símbolo de la libertad del mundo, la señal de la esclavitud; sobre la Cruz la media luna y enterrar la civilización de Cristo, que es la civilización de la paz, de la justicia y del amor, con la escoria de la guerra, del odio, de la injusticia y del vicio. Los héroes de España, pensando en la Virgen, libraron á la mujer española de la degradación á que intentaba someterla la media luna, salvaron el sagrado depósito de la fé, y las ciudades sometidas al infamante yugo de los árabes, respiraron las auras de la regeneración y entonaron el himno glorioso de la libertad, cuando en sus torres ondeó el estandarte de María, que habían clavado los hijos de la Cruz. Por María, el sol de la fé volvió á bañar los ámbitos de España é iluminó con sus rayos los cadáveres de tantos valientes, cadáveres en cuyos labios aún se dibujaba la última sonrisa la sonrisa con que los soldados de la Virgen, en el momento de abandonar el mundo, saludaron á su Reina; cadáveres cuyo rostro coloreaba la esperanza en Dios. María fué la Capitana de los héroes de ayer y lo es también de los héroes de nuestros días, que van á la guerra animosos, porque unas manos venerables colocaron sobre su pecho el escapulario de la Virgen; que apagan el ruido de las balas y el estruendo de los cañones cantando los aires de su tierra, porque esperan en María; y mueren tranquilos, resignados, más aún, mueren alegres, enviando el último suspiro y dirigiendo la última mirada á su madre y á la Virgen de su pueblo. María es el símbolo de nuestras glorias. Los sabios españoles levantaron sobre inmovibles cimientos el edificio de su ciencia, admiración del mundo, fecundado su nimen por el nombre de María Inmaculada, cuyo dogma juraron defender..

IV.

María es nuestra madre. Con un esmero y con una solicitud que las madres de la tierra no pueden siquiera concebir, sobreviene á nuestras necesidades. Ella nos orienta en el camino, enjuga nuestras lágrimas, calma nuestros pesares, mitiga nuestras penas, cicatriza las heridas de nuestra alma, nos alienta en nuestras dudas, dá vigor á nuestra debilidad y robustez á nuestro espíritu. Ella nos sostiene al borde del precipicio; intercede por nosotros delante de Jesús, cubre con el manto de su misericordia nuestros defectos é ilumina con los fulgores de su gracia la pobreza de nuestra virtud y la pequeñez de nuestras obras, para que parezcan algo á los ojos de nuestro Señor Jesucristo. Ella es nuestra madre! El más glorioso, el más consolador de sus títulos para nosotros. Quién, hermanos, sino la madre según la gracia, pudo consolarnos en aquel momento terrible, cuando la madre según la naturaleza, recostada en nuestros brazos, quejándose con el horrible quejido del estertor, agitada por las contracciones de la agonía, clavaba en nuestro rostro su vidriosa mirada, aquella mirada de indefinible angustia que nos heló la sangre, nos rasgó el corazón y nos deshizo el alma? Entonces, cuando nuestra madre, haciendo el más supremo y el último de los esfuerzos, se incorporó para caer sin vida, cuando imprimimos nuestros labios sobre la frente de aquel cadáver queridísimo, cuando ya nuestra madre no podía oír las desgarradoras exclamaciones que nos arrancaba el agudo latido del dolor, entonces.... ¡viva nuestra madre! Celestial rocío de consuelo bañó nuestra alma: volvimos los ojos al cielo y exclamamos: ¡Madre mía!....

V.

Tenemos, hermanos, un deber estrechísimo: el de ser sincera, profunda, íntimamente devotos de la Santísima Virgen. Nuestro amor de hijos fieles quiere Ella á cambio del inmenso amor maternal de que para nosotros tiene saturado su purísimo corazón. Estamos obligados á ser devotos de María por agradecimiento á la bondad eterna, que de manera tan admirable la llenó de bendiciones; por gratitud á la misericordia del Todopoderoso al sacarnos de la nada, porque Ella es la primogénita del Padre; por gratitud á la obra de la redención del mundo, porque María es la madre del Hijo de Dios, de nuestro Señor Jesucristo, que en el árbol de la Cruz escribió con su sangre sacrosanta el título de nuestra libertad; por gratitud al Espíritu Santo, que difunde la gracia en nuestros corazones, porque Ella es la esposa regaladísima de Aquél Espíritu consolador. Es una verdadera necesidad para nosotros el ser devotos de María Inmaculada, porque el corazón del hombre halla la quietud á que aspira, solamente cuando el amor le llena y María es la madre del amor hermoso; porque el hombre ama la sabiduría como el más grande de todos los bienes, tiende á la sabiduría y la busca sin descanso, y María con cariñosas frases nos llama y nos dice: «Venid, hijos míos, escuchadme, que yo os enseñaré el temor de Dios que es el principio de la sabiduría.» Si por mediación de la Santísima Virgen conseguimos ese tesoro preciosísimo de la sabiduría, en comparación del cual son como nada los tesoros de la tierra, la riqueza y el poder, nos veremos enriquecidos de todos los bienes y de todos los honores. La vida del alma es la virtud: en María Santísima tenemos la esperanza de la virtud y de la vida.

María Santísima tiene derecho indiscutible á nuestra devoción por todas estas razones y porque Ella simboliza todas las glorias de nuestra patria, porque Ella es nuestra madre, nuestra abogada y nuestra defensora. El pecador halla refugio en María, auxilio el cristiano, consuelo el afligido.

Debemos, pues, ser devotos, devotísimos de nuestra amantísima Madre, Reina y Señora. Hemos de acudir á Ella en la confianza de que no nos desatiende; con aquella segura confianza del gran amante de María San Bernardo. Todas las advocaciones de la Santísima Virgen deben ser imán poderoso que lleve á Ella nuestro corazón, pero de un modo especial la Concepción Inmaculada, que es la devoción más genuinamente española.

Seamos devotos prácticos de María, no teóricos.

Que nuestra devoción nazca del alma, no de los labios.

Hermanos: amor para María. Que nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras den testimonio claro de que somos hijos fieles y amantes de la Santísima Virgen.

Ella nos lo pagará.

AMEN.

